

EL NOMBRE DE LA ROSA Y GILEN GARATEAKO BATXILERA DE ONAINDIA

Debo empezar por advertir que a mí no me parece “El nombre de la rosa” una buena novela y por ello no creo que tenga atractivo de canon para escritores en búsqueda de caminos por donde dirigir sus construcciones literarias. Pero debo ser asimismo admirador de su penetración, de su éxito no sólo de venta sino, lo que es mucho más raro, de lectura. Algo tiene el agua cuando la bendicen y por tanto no todo puede ser un buen lanzamiento editorial sino que asimismo ha supuesto una novedad en su temática, ya que aunque ha querido ser presentada por su autor con el esquema de una novela de investigación, “policíaca”, de crímenes de autor desconocido con el atractivo primario que tiene para todos la búsqueda del criminal, del que osó romper los tabúes del respeto a la vida de los otros humanos, y de las motivaciones siempre tan personales que conducen al criminal a tal acto perseguido pero sobre todo repudiado por la sociedad, lo que más me ha atraído de “El nombre de la rosa” son otras cosas. En realidad la investigación del autor de los crímenes es de una reiteración que no es que canse sino que deja de interesar. Y no nos importa quién de aquellos monjes ha matado. La línea argumental pronto queda oculta como un sendero poco frecuentado al adentrarse en lo más espeso del bosque y lo que nos va atrayendo es la capacidad de matar de los humanos por motivos religiosos o ideológicos. Cuando el hombre mata individualmente, en general, mata para defender lo que cree que es suyo, ya sean sus cosas, sus tierras, sus ganados, su mujer, su honor. Pero lo que “El nombre de la rosa” nos recuerda que el hombre mata mucho más, digamos en masa, cuando mata a los que no piensan como él.

Hay épocas en el discurrir de la vida de la especie humana en las que, como ocurrió en el siglo XIV en la región europea descrita en “El nombre de la rosa”, en las que se expande entre los hombres de una sociedad la creencia de que el solo uso de su pensamiento es procedimiento suficiente para conocer la verdad y ante este fenómeno corrosivo de muchas estructuras societarias existentes, otros hombres, generalmente con poder en esa sociedad, se sienten amenazados y para evitar el hundimiento del mundo para ellos perfecto, comprendido, suficientemente ya terminado, en un reflejo paranoide se defienden aplicando la todavía no descubierta máxima

cartesiana, naturalmente “a contrario”, de que el que no existe no piensa, también expuesta por estos pagos con la fórmula más basta de muerto el perro se acabó la rabia y se lanzan a una actividad febril y eficaz de matar a los “herejes”, ya que de siempre, si lo sabrán estos martillos de herejes, es difícil sacar del error por meras argumentaciones a los que lo han hecho suyo como creencia. Y a mi entender, el atractivo primordial de “El nombre de la rosa” es la descripción de esa época revuelta y violenta, cuna del Renacimiento, donde surge otra vez, entre los horrores de la represión y los errores de intentar casi ex novo pensarlo todo, la libertad de pensar.

Cuando empecé a leer “Gilen Garateako batxilera” de Mario Onaindia, inmediatamente, como en un test, me vino a la mente “El nombre de la rosa” leído por mí ya hacía algún tiempo. El libro de Onaindia describe ya el siglo XV, cien años después de la época en la que se desarrolla la acción de “El nombre de la rosa” pero muchas de las constantes de aquel siglo XIV del sur de Francia con el papado establecido en Avignon y el Norte de Italia de pujantes ciudades comerciales gobernadas por enriquecidos burgueses aparecen aquí, en nuestro humilde Duranguesado y por extensión en la sociedad vasca con el retraso de esos cien años, por otra parte usuales en la traslación de hechos culturales a esta tierra de nuestros pecados. No tiene nada de extraño que el Renacimiento tarde en llegar ya que también tardaron lo suyo la Edad de Bronce y la de Hierro, el Neolítico y la Agricultura. Sólo la cultura Magdalenense franco-cántabra es la excepción.

También Onaindia describe una época de crisis, de transición, de choque entre los viejos mitos persistentes y los nuevos valores que aparecían; tiempos violentos en los que los movimientos agónicos de la estructura social anterior, fosilizada en los banderizos, en esos ñacinos y gamboínos prepotentes, residuos de la sociedad pastoril a los que la extensión que en la sociedad vasca alcanza la agricultura les hace revolverse contra los nuevos centros de poder que van apareciendo en las villas, en los pueblos amurallados y con voluntad de autodefensa, que van naciendo, y en un gesto ya anacrónico retan a esas villas a combate porque creen que les están quitando sus iglesias y lo que es más importante, los beneficios de los diezmos que aquellas iglesias comportaban. Pero no sólo resisten con retos sino que escriben el Fuero Viejo en Vizcaya para impedir la expansión agrícola, se enfrentan a las Hermandades con las armas porque no quieren aceptar que se ha acabado el sistema de la guerra perpetua como actividad legitimadora de los jefes, de los señores, de los jauntxos, de los guerreros. Una permanente y omnipresente concepción religiosa del mundo fuera de la cual no existe nada favorece, como en tantos otros sitios, la aparición con fuerza de la mística (en griego mistikos = cerrado), y brotes de reivindicación popular con orígenes y traza religiosos, con nombres sucesivos y distintos (franciscanos, fraticelli, terceras) de una misma interpretación igualitaria de los Evangelios con su exaltación de la pobreza, que en Durango tiene su centro y predicación, consiguiendo Mella fervientes partidarios de su doctrina de que los bienes y las mujeres son de todos, interviniendo la Inquisición y quemando a más de cien herejes y expandiéndose versiones de que

detrás de tantos trastornos y miserias estaban, como siempre, los todavía no expulsados en masa judíos y viendo en señales esotéricas la persistencia de sociedades secretas de ritos nefandos como la disuelta de los Templarios.

Para cuando leí “Gilen Garateako batxilera” ya había leído dos novelas de Mario Onaindia, sus “Elurtzan datzaten zuhaitz enborrak” y “Grand Placen aurkituko gara” y nada en estas otras dos novelas tuyas me hacía esperar que Mario Onaindia en su “Gilen Garateako batxilera” se lanzara a escribir ésta por dos razones novela histórica, ya que no sólo quiere reconstruir una época, con sus personajes, costumbres y creencias sino que, asimismo en su estilo de escribir, pretende acercarse a los valores literarios que en aquella época supone que se apreciaban. No es que inicie una reconstrucción del euskera que se podía hablar o escribir en Durango en el siglo XV sino que, usando el euskera batua, quiere en su utilización de metáforas, en su atribución de adjetivos, en sus barrocas descripciones, acercarse a la manera ya renacentista de la expresión literaria.

Yo creo que Mario Onaindia en esta novela ha querido explicarnos, pero sobre todo entender él mismo aquel mundo en crisis que fue nuestro país en el siglo XV para poder comprender mejor nuestro hoy, que también, después del hundimiento del marco franquista que nos unía a todos en su contra, después de la práctica desaparición de la Iglesia como orientadora de la moral pública, es también un país en crisis, en construcción difícil y discutida, en el que el marco territorial y las instituciones que nacen no son aceptadas por todos, con brotes de violencia que dificultan todavía más nuestro desarrollo como pueblo, con residuos ideológicos barnizados de banderas nuevas, nuevamente con retraso en nuestra recepción de los hechos culturales nacidos fuera.

Como para algo tiene que servir el que tengamos cerca, conocido y amigo, al autor, decidí llamar a Mario Onaindia y me llevé la tercera sorpresa cuando a mi pregunta sobre si para escribir su “Gilen Garateako batxilera” le había movido el best-seller “El nombre de la rosa”, me contestó que no lo había leído.

Pedro Ruiz Balerdi